

Tres encuentros

MARC QUAGHEBEUR

Estaba Yuste bajo noviembre. En lindero de tormenta. En orilla de crepúsculo. Debía de ser un breve paso. Fue como un desgarro de velo.

Una rampa severa más hermosa lleva a una forma de pronaos. Entre las columnas y los arcos, una silueta hierática: el viejo emperador. Lejos de sumir sus últimos años en el corazón del monasterio, adosó allí una morada, autónoma, sobria, de una grandeza más manifiesta —más emocionante también— que la de palacios y fastos. El conjunto es de una sorprendente modernidad arquitectónica. Los renacimientos italiano y borgoñon encuentran ahí un equilibrio sin par.

Cual una carabela entre las aguas, el palacio flota entre el paisaje. En ese país perdido, la luz del sur se burla de las masas de follaje que son lo propio de los verdores del norte. Balcones cubiertos o barquillas de piedra y cristal dieron al hombre ya viejo prendado de música, de mapas y relojes, la amplitud absoluta del espacio y de lo infinito.

Cuatro salas, perfectamente proporcionadas, bastaban a sus necesidades. Guardan los signos de la madre ausente, para siempre desprovista de rostro. Enarbolan los rasgos de la única mujer que amó. Albergaban grandes tapices de Flandes y varios lienzos de su pintor favorito. Ese Tiziano que lo comprendió más que ningún otro y que le sobrevivió. Del Cadorin, también trajo, para el altar mayor de una capilla directamente unida a su alcoba, la Gloria. La suya. Este Juicio final en que el hombre más poderoso de su tiempo se despoja de los emblemas del poder e interroga con angustia, con los ojos clavados en lo Eterno, el sentido de los actos que él creyó realizar en su Nombre.

Esta extraña grandeza, que acentúa incluso el lugar de su verdadera tumba, no deja de remitirnos al paraje que eligieron los irlandeses para meditar y estudiar entre los siglos VI y XII. Un lago prolonga la mirada de estos miradores colocados en el corazón de las turbas y las hierbas que derivan hacia el infinito, hacia el horizonte.

En Granada, donde no me lo esperaba, he encontrado trazas del joven emperador: en los palacios árabes en los que compartió estancia con la emperatriz. Era en medio

de jardines cuyos refinamientos centuplicaron los guardados por los muros de los palacios de Brabante. A estos gabinetes, enlazó un gigantesco pronaos que abandonó tras la muerte de la muy hermosa portuguesa. El imperio habría debido tener como punto de gravedad este lugar, el más decentrado de Europa, al que falta la cúpula que un hijo omitió de terminar. Bajo las fachadas a la italiana, detrás de su fabulosa ostentación defensiva, el juego del cuadrado y del círculo compone y descompone hasta el infinito una extraña parada militar que no comporta sino puntos de fuga.

Se ha entendido poco este palacio doble que prefigura la Roma de los pontífices. Hoy como ayer los pasos que se dejan llevar por la Ciudad eterna reencuentran siempre su primera emoción laberíntica. Es que los signos con los que los papas adornaron fuentes o edificios esconden y revelan un juego distinto al que fingen designar. Plazas o callejas, ruinas insertadas, trampantojos o fachadas incurvadas nos hablan de otra cosa y conducen más allá —dando al mismo tiempo, con abundancia, la historia—. En Roma, es al término de mil y un subterfugios cuando el paseante descubre su propio misterio...

Seguramente está entonces en disposición de encontrar allí al gran viejo que él solo reconocerá. Aquél que le dejará oír el fundamento moral del ser y de la exigencia interior: al mismo tiempo. Para mí, fue súbito. Como la vida. Fue en el 80.

Con los años, sus ojos, que fueron los de un sabio y un militante, se han como aproximado de los del viejo Edipo. El otoño último, en esta ciudad, fueron incluso dos. Los vi casi simultáneamente. El autor de *Edipo en la ruta* y el hombre de la *via di trasone*. Aquél que, primero, me inició.

* * *

Con el mar al borde de las calles, Lisboa lleva otros pasos. Lisboa... Con sus oros —no tienen la aspereza de las Españas— y sus fachadas color de sueño. No revelan la afirmación del poder. Con sus hombres regresados de los mundos. Saben que no se los domina realmente. Lisboa es la otra Roma. ¿Se convertirá, como a veces lo he pensado y dicho, en el lugar de mis últimos días?

A millas y millas del Tajo, hace mucho tiempo, unas carabelas alcanzaron una bahía. Desde ese día, lleva el extraño nombre “de todos los santos”. Allí se ha construido El Salvador.

No se mide el palmo de este espacio en que el océano parece encontrar su tono. Las piedras de los cabos hablan allí una lengua de sutura de luz. El avión que se aproxima parece encontrar nieves. Son dunas. Inmensas. Cual un deseo que ningún muro hubiese esterilizado.

En las colinas, oros. Arabescos y cruces. Colores locos. Escalonamientos por donde fluyen las avenidas, favelas aferradas a las palmas de una haza, adosamientos de miríficos rascacielos, promontorios y lagunas, fortines y basílicas. El hombre se

para ahí. Un tufo lo prende, luego lo enlaza. Se desliza entonces a otro lugar en la luz azul. Un agua de coco aureola unos ojos tejidos por las olas y las islas.

Esclavizada, África ha reinscrito sus ritmos entre estos lugares donde se efectuaron la hégira y la contemplación de Portugal. Ella los ha reinventado. El mar ha fusionado incluso a los dioses de los dos colores. Música. Humedad marina. Vivacidad e indolencia. Luz. El ojo en lo más lejos va a lo más próximo.

El viajero perpetuo se ha parado. Suavidad.

Hizo falta este confín y este dibujo salido de manos venidas de las llanuras verdes y de los horizontes locos. Hacía falta este laberinto a cielo abierto proveniente de este jirón de tierra pegado al océano para descubrir allí su destino.

Por el pudor. Por la lentitud. Hacía falta esta mirada.

Este cuerpo a cuerpo.

Y este silencio.

Traducción de *Elisa Luengo Albuquerque*

